

—Me gustaría que hablaras de la primera experiencia de ciudad en tus años de infancia, de cómo van surgiendo esas sensaciones de compañía, de vida en común.

—Mi hermano Juan y yo nacimos en el talle Raset, cerca del cruce con Ganduxer. Entonces pasaba el tren de Sarriá, descubierta, por la Vía Augusta. Había un paso a nivel que se cerraba cada vez que cruzaba un tren. Nacimos en una casa con jardín que miraba hacia lo que ahora es Vía Augusta. Yo no tenía en absoluto la sensación de vivir en Barcelona, porque aquello, no sólo no era Barcelona, sino que cuando debíamos desplazarnos hacia el centro, se decía: vamos a Barcelona. Incluso la parada del tren, que ahora se llama Cataluña, se llamaba entonces Barcelona. Debimos de vivir allí —yo nací el veintiocho— hasta mis tres o cuatro años. Son muchos los recuerdos: me acuerdo de la casa con si la viera ahora, las casas se me quedan; me acuerdo de los rines, del jardín, mucho; como miraba el tren; de mi hermano pequeño, Juan; de mi padre, cuando llegaba. Mi padre entonces tenía una tartana, después tuvo un automóvil, y en esa tartana nos llevaban a pasear. Recuerdo la primera vez que vi el Parque Güell, que tanto me impresionó; llenábamos garrafas de agua de la boca del lago; me acordaba que era muy gordo aquel, decían que yo tenía buena. Los recuerdos que yo tengo de allí son los de mi padre entrando y saliendo, yendo a su trabajo, al paseo de Gracia-Aragón, y, sobre todo, claro, los de mi madre.

—En esta misma zona os llevaron al colegio de las Teresianas.

—Sí, y continuamos hasta la Guerra Civil. Recuerdo que armé una patalaya tremenda porque la monja que me saludó, una especie de bruja, me horrorizó y no me quería quedar; pensaba en cómo mi madre podía hacerme aquello, dejarme con aquella cosa espantosa. En todo caso, lo que recuerdo más del colegio es la arquitectura, los pasillos, las clases, la capilla; toda aquella obra de Gaudí me impresionaba. Era como algo bonito en medio del terror, una especie de contradicción espantosa, me horrorizaba el ambiente y me gustaba el lugar, una cosa rara. Pero en aquella época Barcelona, para mí, era mi madre; porque mi madre era la que me llevaba a Barcelona, de compras, a pasar, a merendar. Esto ya lo he mencionado en "Final de un adiós": "...avenidas que nunca terminaban / gente con prisa y niños / mayores como yo. El mar / quedaba lejos entre pájaros." Barcelona me sorprendía, todo lo que veía allí era bonito, pero luego tenía que volver a casa: Barcelona se quedaba allí. Después de haber vivido en esta zona de la Bonanova nos trasladamos a la calle Pablo Alcover, en el barrio de Tres Torres, en el año 33 o 34, que era un sitio donde no había tanto ruido de tren, pero la sensación de alejamiento de Barcelona aún era mayor, porque ni siquiera veías el tren.

—Los años de la Guerra Civil ya están próximos.

—Recuerdo muy bien las elecciones del treinta y seis y los días

que las precedieron; fue la primera vez que intuí que ocurría algo. Pasó un camión cargado de milicianos —yo no sabía que lo eran— cantando una canción que luego supe que era "La Internacional"; miraban hacia el colegio, de donde salíamos, como insultando aquello; yo no tenía mucha conciencia de lo que pasaba.

En Viladrau estuvimos los años de guerra, la llegada de las tropas de Franco nos pilló allí. Estando en Viladrau fue cuando, en el año 38, mi madre bajó a Barcelona: era el diecisiete de marzo. Mi madre su fue a comprar, compró cosas para mi padre, para Juan, para Luis, para mí... Yo hasta la fecha esa... mis recuerdos son muy gratos... era un mundo extraño, todas las sensaciones que guardo hasta esa fecha son felices, no recuerdo ni miedo, ni sueños, ni pesadillas; todo era agradable, nada había que me produjera desasosiego. A todo esto, Barcelona era un lugar que seguía quedando aún más lejano. Por la radio oíamos que la bombardaban y que pasaban coches, y en uno de esos bombardeos, hacia el mediodía, mi madre moriría en el paseo de Gracia, un bombardeo que llamaban de represión, porque no había ningún objetivo militar en toda la ciudad. Barcelona para mí ¿qué era? Era como un mito, luego era el lugar en donde había muerto mi madre; y entonces se confundía en todo la ciudad; me olvidaba de dónde habíamos vivido, qué pasaba; era un sitio desafecto, sentía pocas ganas de volver allí.

—La muerte de tu madre va a condicionar la visión que tú ten-

drás de la ciudad, ligada a un hecho trágico.

—Según cómo lo mires, quizá el afecto que yo siento por esta ciudad sea ambivalente. El amor y el odio que uno siente por las cosas siempre tiene motivaciones...

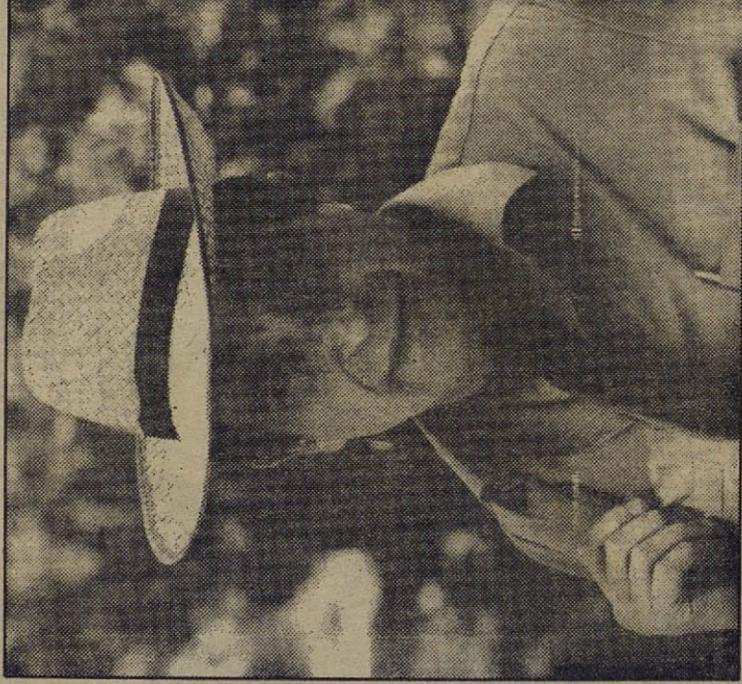
—Después de la guerra entras en contacto por primera vez con otra realidad, sobre todo con el mundo de la periferia.

—Volviendo aquí, cuando ya era un poco mayor y me escapaba y empezaba a conocer, primero las Ramblas, luego los barrios, cuando jugaba al fútbol... San Adrián, Pueblo Seco, La Torrassa; el descubrimiento de la ciudad. En cierto modo me atraía aquel mundo, el mundo de la gente que no era como yo, ese otro mundo de los barrios, de los bares de barrio; las chicas de las fiestas mayores en Sants, en Pueblo Seco o en San Andrés, que eran diferentes a "les nenes" de Sarriá o Tres Torres.

—Tu estancia en los jesuitas y en La Salle te ponen en contacto con

Barcelona, los poetas de la ciudad

José Agustín Goytisolo: vida y poesía urbanas



José Agustín Goytisolo

un mundo, el que representan tus compañeros de colegio, que es un exponente de esa burguesía que luego te va a obsesionar tanto.

—Estaba clarísimo, en su mayor parte eran hijos de estraperlistas enriquecidos. Gentes que tenían colimados y, en aquella época, tener un colimado era como tener un banco. A muchos los venía a buscar en coche el chófer. Se les notaba a todos algo incómodos, tenían mucho dinero, daban fiestas, se gastaban un dineral y todo lo ha-

hasta los años cincuenta.

—Tu expulsión del colegio, junto a Joan Raventós y Alberto Blancafort, me parece un dato interesante porque en esta ciudad hay mucha gente que está marcada, en un sentido u otro, por los jesuitas. A ti no parece haberte traumatizado.

—La expulsión la recuerdo como una liberación absoluta, para mí fue la libertad. Mi paso de los jesuitas a los hermanos de La Salle fue una liberación; no eran

apiñaban delante del Liceo, para ver salir a los ricos de una función. Los prostíbulos, que se dirían inventados por Fellini, con unas putas que había que tener valor heroico para ir con ellas, eran el espectáculo.

En la Universidad me salió todo lo que llevaba dentro de anti-franquista nato, por razones de esa desgracia de la familia y por otras. Lo unías a todo lo que ibas viendo, como el descubrimiento de la miseria, del mundo del trabajo, del mundo de los vencidos. La gente que iba a la Universidad, salvo alguna excepción, eran todos de clase media burguesa, divididos claramente en dos bandos.

—¿El cambio de tu matrícula a Madrid se debió a algo concreto?

—Eran muchas cosas acumuladas. Estaba a mal con la gente del SEU, cansado de que te dieran de bofetadas, cansado de la vergüenza de descubrirme a mí mismo yendo por otro pasillo para no encontrarme con unos tíos que, pensaba, me iban a volver a pegar. Te provocaban y se organizaba la trifulca. A los hijos de Carrasco i Formiguera los sentaron en una silla y les hicieron beberse una botella de aceite de ricino, abriendoles la boca con un cuchillo. Entonces hubo una persona que me ayudó y aconsejó mi traslado a Madrid, Luis García de Valdeavellano, profesor de Historia del Derecho. Mi traslado a Madrid me sirvió, entre otras cosas, para entablar amistad con Emilio Lledó, José Angel Valente, Angel González y otros. Los que ahora forman el llamado "grupo poético de los 50", tuve la suerte de como-

perencia urbana se ve incrementada con reuniones de oposición política.

—La primera vez que la ciudad se reconoció en la calle, y que la gente se miró con complicidad, fue durante la huelga de tranvías del 51. En casa de Castellet, un grupo de unas once o doce personas redactamos pasquines para hacerlos circular y copiar. Conectamos con gente que, por el lado obrero, hacía lo mismo, y aquellos nos desbordó; al cabo de unos días la ciudad estaba paralizada y te entraban sudores de muerte si te pasaban un papel en cuya redacción habías participado, a lo mejor. Todos los partidos quisieron apropiarse de aquella huelga, pero el éxito fue de la ciudad.

—A partir de tu libro "Bajo tolerancia", incorporas a tu obra toda una serie de realidades que tienen que ver con el aspecto físico de la ciudad. Aparece por primera vez esta preocupación, que no es solamente ornamental o estética, sino que considera a la gente que habita los espacios arquitectónicos.

—Estas reflexiones las había hecho antes de entrar a trabajar con arquitectos; es un problema que siempre me ha obsesionado. La casa, la habitación, es como el traje, otra piel; es como una máscara que la gente pone para que no se vea lo que pasa dentro; te puedes imaginar lo que ocurriría si quitáramos todas las fachadas de una calle para ver, como en un teatro, lo que pasaba en cada habitación. La expresión de una casa como la expresión de una persona a través de su traje; la miseria y la pobreza física como cubículo, como nido del hombre; la elección de las mejores zonas de la ciudad por los ricos; el hacinamiento: todas estas cuestiones siempre me han obsesionado desde muy joven.

—La presencia de la calle en tu poesía, como aprendizaje o material poético, de la que llegas a decir que es la mejor escuela de la vida, es muy importante.

—No es que yo le dé importancia, somos muchos los que se la damos. Fijate en los términos: civilización, ciudadano, política, democracia; todos ellos son relativos a la ciudad, al conjunto de ciudadanos reunidos; lo bueno y lo malo de lo que existe está, o proviene, de la ciudad. La ciudad es la cara de un país. Como materia poética, le doy importancia por los lugares que la tiene. Mi vida transcurre en los lugares: la calle y la habitación. En un poema que se llama "Mis habitaciones", digo: "Así en las altas noches / me acercan y preguntan / estas habitaciones de mi vida / estos cuartos, sus muebles, sus dinteles / y en un agobio de percheros / de alfombras de libros olvidados / me recietan el tiempo / que dejé como un trapo / hecho jirones entre sus paredes".

Pues mi tiempo, el tuyo, se queda como un trapo, hecho jirones, entre las paredes de donde has vivido; algo queda tuyo allí; la prueba es que uno se acuerda de que ha estado allí y lo reconoce aunque pase mucho tiempo. Con las ciudades se ocurre lo mismo también: te dejas algo en la ciudad. Tu tiempo, que es tu vida, está en estos sitios, te lo dejas allí.

BORJA CALZADO

Gran parte de la obra de J. A. Goytisolo obedece a lo que se denomina poesía de la experiencia urbana. Una poesía que nos devuelve, entre sarcasmos, ternuras y nostalgias, la realidad del hombre de ciudad, como su autor revela en esta entrevista

—Hablaban un castellano de perro, y yo me preguntaba ¿por qué no hablaban en catalán, que es lo que hablaban cuando la gente se va? Era la hipocresía andante: hipocresía en el cambio de idioma, hipocresía en ir a misa, visiblemente. Todo el mundo sin tema de conversación alguno, sin leer un libro ni enterarse de nada, yendo a la ópera sin saber lo que oían y veían; y el dinero, a espuestas, que se veía mucho; parecía una locura colectiva. Este mundo delirante de la nueva burguesía en ascenso se asemejaba a una pantomima. Yo debía ser ligeramente malvado, porque encontraba cierto revuelo al ver aquello. ¡Qué maravilla! —pensaba— maravilla de asco, pero era una gozada, me atraía. Nunca llegué a pensar que aquella gente pudiera durar, no lo quería al fin del franquismo, sino al fin de una época; como después se vio, aquello duró hasta que quitaron la cartilla de racionamiento,

—Si, y de la miseria terrible que había en la ciudad. Fue un descubrimiento paulatino. Lo iba viendo pasando por los barrios, caminando, yendo por las zonas del puerto, por el Barrio Chino, por la periferia, por los cementerios; junto a los cementerios estaba todo lleno de gentes hacimadas que te miraban con cara de espanto. Recuerdo muy bien a los que se

cerlos aquí, Barral, Costafreda, Gil de Biedma; y, a los otros en Madrid. Pero lo curioso es que nadie había publicado un libro por entonces, aunque todos sospechábamos que el otro escribía.

—En el prólogo de "Salmo al viento" dices: "...mi adolescencia más que por fue pésima... todo era oscuro y difícil, desde besar a una muchacha o comer caliente, hasta conseguir un libro de Vallejo o expresarse en la calle y en las aulas con cierta normalidad...". ¿Se mantiene como resumen de la impresión que guardas de esa época?

—Absolutamente, procuro quitarle hierro a esta etapa de la vida, era algo más jodido, pero tampoco se trata ahora de presentarle todo demasiado trágico, aunque lo era. Había momentos trágicos y otros desastrosos, y yo me preguntaba ¿qué hago en este país? Parecía imposible ver por dónde se podría salir de aquella situación.

—Después de estos años en Madrid, vuelves a Barcelona y tu ex-